

027. Pero, ¿quién es éste?...

Ante la figura de Jesucristo nos quedamos todos en suspenso. Y hoy, después de dos mil años, nos seguimos preguntando como aquellos primeros que lo vieron actuar:

- *Pero, ¿quién es éste?*

Una pregunta como ésta se la repite varias veces el Evangelio de Marcos, que nos narra la predicación viva de Pedro, testigo presencial de todo. Y es el mismo Jesús quien responde, más con gestos y con hechos que con palabras, a una cuestión tan importante:

- *¿Yo?... soy el Cristo que vosotros esperáis. ¿Yo?... soy el Hijo de Dios. ¿Yo?... soy un hombre como vosotros. ¿Yo?... soy verdadero Dios y verdadero hombre...*

Con estas respuestas de Jesús queda saciada toda nuestra legítima curiosidad. Y con ellas tenemos bastante para extasiarnos ante Jesús, nuestro Jesús, que viene a salvarnos y a arrebatarnos nuestros corazones para llevarlos a Dios.

Jesús es el Cristo enviado por Dios, y no hay otro.

Cualquiera que usurpe su misión y se proclame salvador, es un embustero.

Cualquiera que ostente un título rumboso para conquistar el mundo, y hasta se proclame salido de Dios, miente; porque nunca llegará a probar, como Jesús, que es Hijo de Dios.

Cualquiera que nos venga como mensajero de Dios sin ser en todo como uno de nosotros, sin que se sujete a todas nuestras debilidades, sin que renuncie al dinero y al placer, sin que asuma todos nuestros sufrimientos..., miente. Ese tal no es el Enviado de Dios ni es discípulo de Jesús, el Salvador.

Todo esto parece que no viene al caso. Pero, a poco que reflexionemos, vemos que responde a muchas inquietudes de hoy.

El mundo busca solución a sus angustias, y sigue y se va detrás de quien se proclama un salvador, un profeta, un enviado de Dios. El fenómeno de las sectas no obedece a otra cosa. Pero, ¿hay alguno de sus fundadores que presente un título legítimo para llamar nuestra atención? ¿alguno que pueda presentar las credenciales de Jesús?

Nosotros, que somos de Jesús —¡y basta!, pues con Jesús tenemos bastante—, meditamos muchas veces en estas tres dimensiones de Jesús, propuestas por el primer Evangelio que se escribió.

* *Jesús es el Cristo.* Nosotros ahora lo vemos muy claro, pero los contemporáneos de Jesús no lo distinguían tan a la primera. Tanto que, cuando Jesús les pregunta a los Doce qué pensaban de Él, sólo Pedro lo intuye —*¡Tú eres el Cristo!*—, y Jesús le contesta que sí, que es cierto, pero que esto no lo ha dicho por su cuenta, sino porque se lo ha revelado Dios.

Ese privilegio de Pedro es de todos nosotros, porque a todos nos ha infundido Dios la fe en Jesús como el Mesías, como el Cristo, como su Ungido, como su Enviado.

Por eso, no esperamos a ningún otro que nos venga de parte de Dios. Tenemos bastante con Jesús, y con nadie más.

Tenemos de sobras con ese Jesús que se nos da en su Iglesia, y nunca fuera de la Iglesia, la que Él fundó y dejó en el mundo sobre la roca visible que es Pedro, al que le promete después de su confesión:

- *¡Dichoso tú! Eres roca, y sobre esta roca edificaré yo mi Iglesia.*

* *Jesús es el Hijo de Dios*, confesamos también con seguridad plena. Llega un momento del Evangelio en el que Jesús va mucho más allá y confiesa claramente que Él es el *Hijo de Dios*. Su declaración ante el tribunal judío le va a costar la vida, pero no se tira para atrás:

- *¿Que si yo soy el Cristo, el Hijo de Dios bendito? ¡Sí, lo soy!*

Afirmación que hará suya hasta el centurión pagano que lo ve morir:

- *¡Realmente, este hombre era Hijo de Dios!*

Es ésta otra afirmación clave del Evangelio, y de tanta actualidad en nuestros días. No escuchamos —porque nos mienten— a esos que nos vienen con que Jesús es el mejor de los hombres, el gran reformador social, el único líder a quien vale la pena seguir... Esta verborrea carece de todo sentido cuando le quitan a Jesús el primerísimo de sus títulos, el de ser el *Hijo de Dios y Dios verdadero*.

Si Jesús es Dios, nuestra esperanza es firme, nuestras ilusiones no son vanas, porque Jesús va a colmar todas nuestras legítimas y más hondas aspiraciones.

* *Jesús es hombre*, a pesar de ser Dios. Esto que nosotros confesamos también por la gracia de la fe, ha sido la piedra de escándalo para muchas sectas desde el principio de la Iglesia. *Si Jesús era Dios* —se preguntaban—, *¿cómo pudo asumir todas las debilidades y miserias del hombre?* Pues, ahí tenemos a Jesús, *en todo semejante a sus hermanos*. Hasta aquí llegó la condescendencia de Dios.

Entonces, ya no nos espantan las pruebas de la vida, sean las que sean y las que Dios nos permita —ni el trabajo, ni el deber constante y duro, ni la pobreza, ni la enfermedad, ni la misma muerte—, ya que todo eso lo quiso soportar, y con más dureza que cualquiera de nosotros, el mismo Hijo de Dios, Jesús, el Cristo, nuestro Salvador.

Éste es el Jesús que nosotros tenemos siempre ante nuestros ojos. El que nos entusiasma. El que amamos tanto. Cuando vemos su imagen, cuando leemos su vida, cuando meditamos el Evangelio, nos podemos preguntar también: *Pero, ¿quién es éste?...* Y nos respondemos, inspirados por el mismo Dios, como Pedro: *¿Éste? Éste Jesús, mi hermano, es nada menos que el Cristo, el Hijo de Dios.*